

Capítulo 1. Un OVNI en el Colacao.

Hace un tiempo que habito, a ratos, en un enorme piso de Barcelona. Entre sus recovecos, habitaciones, armarios “kitsch” de antiguos inquilinos, paredes falsas sin puerta y, mí pequeñísima habitación con futón japonés, conviven multitud de seres: algunos son humanos – unos vivos otros no tanto-, algunos psicofónicos; vecinos que okupan el lucernario común a base de llenarlo de gritos espectrales y cañís (no hay lugar para la poesía urbana de Dylan en nuestro patio interior...) y finalmente, gente anónima que aparece y desaparece antes que puedas preguntarle su nombre... Por todo ello, alguna vez he pensado que engañado, me he realquilado en una sub-franquicia del Zoo de la ciudad y, mí teoría se confirma en cada desayuno, cuando observo a unas rarísimas cucarachas que realizan- día sí y día también- maniobras militares en la cocina. Eso sí, con total y máximo respeto al prójimo, demostrando siempre una educación exquisita. Su estilo es indiscutiblemente anticuado - pues lucen bigote decimonónico- y, el obrar, resulta sospechoso (creo que son exalumnos de un colegio del Opus). Pero hasta el día de hoy, respetan mi estante-despensa y yo, sus costumbres extravagantes. Es por todo esto que, lo que ahora paso a relatarte, no alcanzó inicialmente a enloquecerme. Seguramente ya lo habría soñado antes y/o se trataba de un “déjà vu”. Era científicamente irremediable, por reminiscencias cuánticas del Big Bang y la velocidad de los neutrinos con dosis extra de EPO que, en aquella mañana húmeda canicular, calor resacoso de sangría barata y de fluorescente de cocina parpadeantemente verde, Aquello, un OVNI, Esa Cosa Voladora, aterrizara en mí monte Sinaí de Colacao.

Es norma, Ley del Dios de los Judíos Caribeños, que las tazas de Colacao se preparen a semejanza de un volcán. Según reza La Torah y cito casi textualmente: “Deberás proveer cantidad importante en la base del cáliz, luego, rellenarlo de leche fresca hasta orillar el borde. Y pobre de aquel que lo rebase, pues su alma se licuará y será absorbida por la Spontex del diablo” Los rabinos han heredado, generación a generación, el secreto cabalístico de la medida exacta de Colacao para provocar la saturación del brebaje. Yo me enteré de casualidad y mi alma peligró desde entonces. “Finalmente, por obrar de Dios y su báculo (llamado cuchara) y al son de la salmodia apropiada - que deberás entonar silbando el “Hallelujah” de Cohen o el “Judas” de Lady Gaga-, la lava de chocolate emergerá, junto a una erupción de grumos gigantescos de material volcánico.” La Ley manda ser precavido, pues sucede, a menudo, que los aerolitos pulverizados llegan a alcanzar tus fosas nasales y el estornudo, tentador y hereje, ¡satánico!, acaba profanado esta santa liturgia.

Había yo obrado como un puro observador de la Ley cuando, súbitamente, un meteorito, un cometa navideño o, más bien, un bichejo alado y pegajoso, se precipitó contra la mezcla sagrada.

“- ¡Mierda!” Dije en voz alta. “- ¡Putas cucarachas del Opus!”.

Pues creía que uno de sus F18 se había inmolado a lo kamikaze contra mi desayuno. Seguía refunfuñando asqueado cuando de repente, una voz de chicle masticó unas palabras tribales, de raíz africana:

“Jay Chrizzle, muuum! It’s been da boooomb!”...

“-¡¡¡Joder!!! ¡La cucaracha habla!” (Nota: todo esto lo pronuncié en catalán, pero a día de hoy es dudosa la legalidad que ampara el expresarse en dicha lengua, por lo que he tenido que contratar a un traductor jurado para la ocasión y conseguir así el Nihil Obstat de los chicos de Cupertino).

Y de entre el fango azucarado emergió -cual Venus de Botticelli, sin querubines ni melena al viento, pero con un hábito casi celestial: un chándal 12XL, beige (ahora con regueros de chocolate) y tocada con una capucha gigante que le llegaba hasta los morros- una criatura pequeña y oronda, como un abejorro hinchado de pizzas y que no alcanzaba las tres pulgadas. Lucía, aunque un tanto descompuesta, tez negruzca y dientes blancos, rostro de rana adicta al Botox y unas alas moscoides y grises que, intentaban sin éxito, abrirse paso y flotar entre los "kilos" de su ornamenta (quincalla dorada), varada en el chapapote de leche.

"- Help me! mother fucka'! Ya! Ya! Stop kickin' me broda! rescue this doggy mamma!" Me balbuceó, mientras yo, atónito, imaginaba cómo rescatarla. Al principio conjugué en vengativo - es la miseria moral del ser humano mediterráneo cuando está dormidísimo por la mañana- y, pensé que, puesto me había saboteado el desayuno, merecía que la vertiera en el váter, al uso marinero de los funerales en alta mar. El tirar de la cadena sería una suerte de extremaunción. Pero las leyendas urbanas de los cocodrilos albinos de NYC y las serpientes que trepan por las tuberías, así como el miedo a que se atascara el retrete, despertaron mi civismo de Photoshop y pensé en algo menos drástico. Podía regar el ficus del comedor con el Colacao y que "Eso" se quedara viviendo entre las hojas. Le proveería de un retiro espiritual, un monasterio sintoísta con un casi bosque de bambús... Pero también desistí, pues me la imaginé como un loro, oteando desde la cima del ficus de dos metros e interrumpiendo a cada segundo el visionado de Sálvame Deluxe... ¡No podía soportar la idea de tener a alguien apostillando los comentarios de Belén Esteban! Así que, finalmente, me provisioné de un puñado de servilletas de papel y, con el semblante de quien recupera el iPhone hundido en la letrina de un bar del extrarradio, acuné a la Cosa entre una especie de placenta de grumos de chocolate y ectoplasma de "banlieue". Entonces me pareció que, incluso las cucarachas, cesaron, momentáneamente, sus maniobras, pues no podían contener el repelús que les producía aquella situación. Las más sensibles llegaron a desmayarse.

La Cosa tosió escandalosa, regaló un par de eructos a los presentes y pareció tranquilizarse. Ahora parpadeaba de forma más rítmica y por un rato, había abandonado los tics nerviosos, las convulsiones y también ese lenguaje endemoniado. La limpié un poco, lo que pude, con otra servilleta de papel. Tenía pegados todos sus colgajos de oro a la sudadera; medallas y cruces por doquier se enredaban en su capucha... También observé que disponía de un par de bracitos, esqueléticos, a cada lado de su cuerpo. En definitiva, el bichejo se sostenía sobre dos ancas de rana y tenía extremidades de saltamontes.

"- ¿Qué coño eres?" Le pregunté.

La Cosa pegó un salto y se irguió, ostensiblemente ofendida. Diría que mi duda la había resucitado y se transmutó por tanto enfurecimiento. Vertiginosamente tornó su porte en aristocrático, más propio de un salón de baile de Louisiana que no de un campo de algodón. No así su lenguaje de nicotina, que conservaba el alquitrán y la aspereza de los muelles del Hudson.

" Yee! Pig Gangsta! Are you loc nizzle??? Do you wanna taste my tizzy whistle?"

De repente, de entre alguno de las decenas de pliegues de la sudadera, se sacó un pistolón que aterraría a Harry el Sucio. Sólo te diré que las cucarachas decretaron "DEFCON 1" e inmediatamente empezaron a evacuar la cocina. El ojo huracanado del arma me miraba tranquilo pero sin piedad... Vale que fuera de tamaño minúsculo, pero bien podía darme un disgusto. Y cuando ya pretendía contraatacar, de revés a dosmanos, con el matamoscas que tenemos colgado en la galería, o incluso con un tornado de Cucal-Napalm, me soltó esta extraordinaria revelación:

" - This bumpin' lady, ya, ya, baby, is just'a hip-hop fairy!" “- ¡A HIP HOP FAIRY!” Gritó.

“-Ya, little dogg? I am a fire gift for you, oo-oh, my Johnny fooolk!”

“¿Johnny? ¡¿Johnny?! ¡ Así era cómo llamábamos a Joan, uno de mis compañeros de piso!. Un tipo simpático y agradable, ingeniero, que se dedicaba a diseñar submarinos y algunas noches las pasaba sin dormir, invocando no sé exactamente qué. Sinceramente, nunca hicimos mucho caso a las velas que amanecían consumidas en el borde del bidé... Y resultaba que el bichejo (perdón, el Hada), ¡lo buscaba a él!. Yo llegaba tarde al curro, así que por un instante pensé en despertar al colega y pasarle el marrón. Sin embargo, me intrigaba aquello del regalo.

"- ¿Y qué tipo de don puedes concederme, oh hada “hip hopera”?"

" - ¡Ya Buuuuddy! ¡One desire eeeentirely!"..." Y se tomo una pausa para respirar. Lo justo para que yo, sin dudarlo, decidiera suplantar al colega y birlarle el deseo.

"- ¡Es cómo un genio de la lámpara hecho de blandiblú!" Pensé.

Y ella volvió a pronunciarse: "- But you must make me an enormous favor. I need your help to get success into one extraordinary mission. The more exciting - but dangerous - lifework that nobody had ever faced before... Please help me and we will reach the more fantastic treasure of the world..." Me miró fijamente, con ternura de dibujo animado y añadió con voz mucho más grave. “- Although we can die too..." ... Caramba, ahora no hablaba en rima pegajosa y sus palabras retumbaban, ancianas, des de la garganta de una gruta lacedemónica. Yo no alcanzaba, intrigado y temeroso, ni el rictus de una máscara barata al uso de la comedia de Mégara... ¿Cuál sería esa extraordinaria misión? ¿Qué favor pretendía? ... ¿Y el don? Entonces, mientras el tiempo dormilón se cuestionaba a sí mismo el despertar, empecé a dudar sobre si valdría la pena arriesgarse... o si, sencillamente, estaba loco.

Capítulo 2. Dios es un enorme y perezoso gato gordinflón.